

Está harto de propaganda política. Son tantas las mentiras escuchadas en su vida que ya no cree a ninguno de ellos. Se ha instalado en la duda y desconfía hasta de los que siempre consideró suyos. Trata de recordar aquel día de 1978, pero es como si se le hubiera borrado de la memoria. Han pasado tantos años de aquello que sólo es un dato de la historia reciente. Aprovecha el día para hacer balance de su vida y el saldo no le resulta positivo. Pocos destellos luminosos para demasiada oscuridad. En la cárcel aprendió a resistir y esperar tiempos mejores. Luego vinieron esos supuestos tiempos mejores y, aún no sabe cómo ni por qué, hoy se encuentra luchando por recuperar los derechos que ahora les niegan a sus hijos y nietos. Algo no cuadra.

Dos años de cárcel en los setenta, ejecuciones, asesinatos, terrorismo, amnistía política, elecciones democráticas, referéndum constitucional, más elecciones, Tejerazo, gobiernos socialistas, corrupción, referéndum OTAN, caída del Muro de Berlín, gobiernos populares, Torres Gemelas, Afganistán, Irak, atentado de Atocha, de nuevo socialistas, crisis económica, otra vez populares, mucha más corrupción, migraciones, atentados en París, y ahora... ¿Ahora qué?

La televisión le bombardea con nuevos partidos políticos llenos de caras jóvenes que, con voz nueva, expresan viejas ideas. ¿Qué más dará? Piensa que en el fondo es más de lo mismo. Hoy les corresponde luchar a otros. Él ya está por encima del bien y del mal.

Colocado en el rincón soleado del patio y bajo una manta de cuadros, ni siquiera espera que alguno de sus hijos se acerque hasta la residencia; son jóvenes y son muchos días seguidos de fiesta. Ya solo espera a la enfermera que ha de llevarle al comedor.



anto tiempo esperándolo y no está colmando sus expectativas. Pensaba que los cuatro días con Teresa en la Casa rural le brindaría la oportunidad de convencerla, aunque no la veía dispuesta.

La noche del viernes fue espectacular. Follaron con tal ansia que más que un encuentro pareció una despedida. Amanecieron deshechos y ojerosos y aún así persistieron hasta el mediodía. Después de comer, se echaron la siesta y continuaron copulando como si les fuera la vida en ello.

El domingo, ya más calmados, subieron paseando hasta el cerro de la ermita desde donde contemplaron el atardecer y, cuando él le propuso un selfie con los increíbles malvas de fondo, ella se negó en rotundo; luego, como para quitar hierro a su cortante negativa, le besó con avidez.

Esa tercera noche fue menos apasionada. No podía dejar de darle vueltas a la tajante negativa de Teresa. Ahora que abrazada a él dormía tranquila, hizo un repaso de los escasos encuentros y constató lo poco que sabía de ella. Barruntaba algún secreto que no le había contado. Bueno, en realidad lo desconocía casi todo. Hacía varios meses que un amigo común les presentó en un bar de copas. Aquella misma noche compartieron cama en un hostel de las afueras y quedaron en repetirlo a la semana siguiente. Sin teléfonos, sin direcciones y sin falsas promesas

En sus encuentros disfrutaban sin medida; lo suyo era pura pasión. Les gustaba despertar abrazados tras una agotadora noche de sexo y echar un último polvo antes de concertar la siguiente cita y marchar cada uno por su lado.

La sentía respirar sobre su pecho y le gustaba el olor de su cabello. Sabía de sus gustos y de sus fobias, pero nada más. Su dirección, su teléfono y a qué se dedicaba, seguían siendo un misterio. ¿Cómo pudo ser tan iluso de hacer planes? Cuando le propuso pasar juntos los cuatro días del puente, pensó que sería una magnífica ocasión para conocerse un poquito más. ¡Vana pretensión!

Ahora lo veía claro: de ella sólo obtendría sexo.



Las ocho ya, o todavía las ocho, no lo tenía claro. El reloj, empeñado en jugarle una mala pasada, había ralentizado la marcha. Terminaba el martes y, como casi siempre, no tuvo la fuerza de realizar todo eso que iba a hacer sin falta durante el largo puente: la lámpara del dormitorio estaba estropeada, la cama seguía con una pata medio suelta que chirriaba al menor movimiento y un fluorescente de la cocina parpadeaba pidiendo a gritos un nuevo cebador. El frío del exterior y su cálido sofá le atraparon desde la misma tarde del viernes. La prensa emanaba un insufrible tufillo a noticias viejas, la novela que tenía entre manos dejó de interesarle y la tele no le propició nada apetecible; aún así, hecho fuerte en su rincón preferido, dejó transcurrir las horas sin remordimiento.

En un momento de lucidez, intentó recordar aquello tan importante que debería haber hecho, y ni siquiera supo de qué podría tratarse. Atrapado en la parálisis del análisis, dejó transcurrir otro par de horas sin mover un músculo. No estaban los tiempos para agobiarse con bagatelas; lo mejor sería dejarlo estar.

Cuando María le dijo que espabilara, se levantó de inmediato. Era hora de cenar.



Entró precipitadamente en el ascensor y topó con ella.

—Perdona, no esperaba encontrar a nadie —dijo a modo de disculpa, mientras se fijaba en la sorprendida mirada de la chica.

—¿Entras así todos los días? —preguntó socarrona, al ver lo cortado que había quedado tras el encontronazo—. Por cierto, Polifemo, si quieres puedo llamarme Nadie.

—Al menos te lo has tomado con humor. Lamento lo ocurrido. Me llamo Juan, vivo en el sexto.

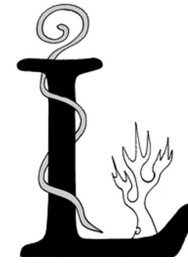
—Hola, yo soy Mercedes y acabo de mudarme al octavo. ¿Vas al curro?

—¡Claro! —habían llegado al portal y ya no les dio tiempo a más.

Al día siguiente se saludaron sonriendo y, aunque era seguro que ambos lo tenían en mente, ninguno trató de comentar el encontronazo. Siguieron coincidiendo en el ascensor, en el portal o en las inmediaciones del edificio. Cuanto más la veía más le gustaba. No es que la chica fuera una belleza, pero tenía un algo que la hacía tremendamente atractiva.

Infinidad de veces estuvo tentado de abordarla y proponerle una cita, pero en tan breves encuentros no encontraba el momento propicio. A medida que pasaba el tiempo se le iba haciendo más imprescindible. Lo mejor del día era sentirla; momento que aprovechaba para aspirar su perfume y tratar de retenerlo para soñar con ella.

Tras varios meses, dejó de verla; desapareció de su vida como había aparecido: de improviso.



Le gustaba vivir rodeado de cacharros y artilugios. No soportaba los espacios vacíos. La casa entera era una especie de bazar y cada estancia una auténtica exposición de chismes. Su esposa le protestaba de continuo su desmedido afán coleccionista y trataba de hacerle ver la imposibilidad de mantenerlo todo limpio.

—¡Fermín! ¡Eres peor que los chamarileros! —le decía despectivamente, cuando se enfrentaba a la ardua tarea de quitar el polvo a tanto trasto.

Él aguantaba sus protestas con paciencia y le hacía ver que, siendo novios, ya sabía ella de sus aficiones e incluso infinidad de veces le había ayudado a comprar en el rastro algunas piezas exquisitas, dado que ella tenía una habilidad especial para el regateo.

En los últimos tiempos, Teresa había ido subiendo el tono de sus protestas y, casi a diario, le amenazaba con tomar medidas:

—Cualquier día de estos, cuando vuelvas del trabajo, te vas a encontrar todas tus mierdas en la escalera —solía decirle con manifiesta rabia.

Sin creerse sus bravatas, trataba de calmarla pensando que sería incapaz de cumplir la amenaza. Sin embargo, la mañana que la encontró metiendo sus objetos más preciados en cajas de cartón, no pudo contenerse y, empuñando el machete cubano que trajeron del viaje de novios, sin mediar palabra le asestó veintisiete tajazos. Uno por cada año de matrimonio.

Dos semanas más tarde, cuando la policía alertada por los vecinos entró en la casa, encontraron a Teresa abierta en canal sobre un gran charco de sangre seca y a Fermín colgado en la lámpara de lágrimas de cristal que ella le regaló a los pocos meses de casarse.



Creo recordar que estábamos tomando el postre cuando Manuela, radiante de felicidad, me comunicó lo de su embarazo; lo llevábamos buscando un par de años y justo en el momento que habíamos dejado de pensar en ello, sucedió. Recuerdo que aparté las semillas de la manzana que me estaba comiendo para plantar un árbol que creciera junto a nuestro hijo.

El mismo día en el que salieron de la clínica, trasplanté el incipiente arbolito al rincón más soleado del patio trasero del adosado al que nos acabábamos de mudar, y les hice la primera foto juntos. A partir de entonces, tomé la costumbre de fotografiarles cada cumpleaños para comprobar su respectivo crecimiento. En el octavo año, tuvimos la ocasión de comer las primeras manzanas de nuestra propia cosecha. Eran más bien pequeñas, pero eran nuestras.

Mientras el manzano crecía hasta convertirse en un hermoso árbol, casi tan alto como la casa, nuestro hijo se había ido transformando en un joven fuerte e independiente. El día que cumplió los veinte le fotografié con Irene, su novia, que desde entonces entró a formar parte de la familia; después se fueron incorporando sus hijos: primero María y dos años más tarde Andrés.

El manzano había crecido tanto y era tal su profusión de frutos que nos vimos forzados a realizar mermelada para aprovecharlos.

Han pasado los años y ahora que veo a los nietos jugando a su alrededor, doy gracias a Manuela por haber logrado pararme cuando, tras la noticia del accidente en el que murieron nuestros hijos, me dirigí hacia en mano a derribarlo.